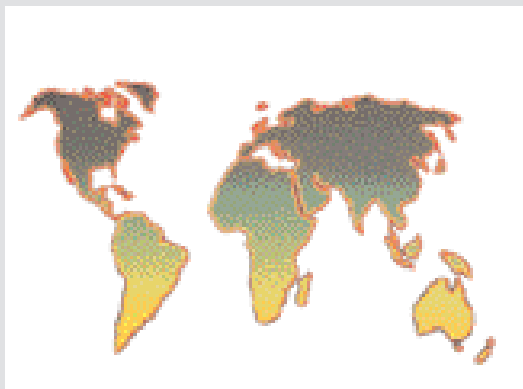


CARLOS AMIGO VALLEJO

ARZOBISPO DE SEVILLA

**EL PERFIL MISIONERO
DEL
SACERDOTE DIOCESANO**



COMISIÓN EPISCOPAL DE MISIONES

CARLOS AMIGO VALLEJO
ARZOBISPO DE SEVILLA

**EL PERFIL MISIONERO
DEL SACERDOTE DIOCESANO**

COMISIÓN EPISCOPAL DE MISIONES

I.S.B.N.: 84-7141-439-2

Depósito Legal: M-5062-2000

Edita: Editorial EDICE - Conferencia Episcopal Española

Imprime: ANEBRI, S.A. - Tlf.: 91 560 94 75 - 28019 Madrid

ÍNDICE

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| Presentación..... | 5 |
| Introducción..... | 7 |
| 1. La Iglesia, comunidad misionera..... | 10 |
| Caridad eclesial..... | 10 |
| Conciencia de universalidad..... | 11 |
| Objetivos de la evangelización..... | 12 |
| Misión y misiones..... | 13 |
| Campos y formas de evangelización | 14 |
| Cooperación misionera | 15 |
| 2. De la misión universal a la llamada personal..... | 18 |
| Sacerdote diocesano para una misión universal..... | 18 |
| Responsabilidad individual | 20 |
| Perfil del sacerdote misionero..... | 21 |
| Cultura diocesana e inculturación..... | 24 |
| 3. Riesgos y valores del sacerdote misionero..... | 27 |
| Dignidad y servidumbre del misionero | 27 |
| Seguridad personal y compromiso con el Evangelio | 28 |
| Degradación de la fidelidad | 30 |
| Tensión entre lo particular y lo universal..... | 30 |
| Riesgo de la identidad | 32 |
| Memoria Christi | 33 |
| 4. Estructuras de la organización misionera | 36 |
| Las Obras Misionales Pontificias | 36 |
| Comisión Episcopal de Misiones..... | 38 |
| El Consejo Misionero Nacional..... | 38 |
| Coordinación de los diversos organismos..... | 38 |

| | | |
|----|--|----|
| 5. | La Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA) | 41 |
| | Cartas de navegación para un tiempo nuevo | 41 |
| | Hacia el futuro..... | 42 |
| 6. | Un horizonte universal..... | 44 |
| | La comunidad que esperamos..... | 44 |
| | Formas especiales y nuevas de cooperación misionera..... | 46 |
| | Solidaridad misionera..... | 47 |
| | Conclusión | 48 |

PRESENTACIÓN

La celebración de la 52 Semana Española de Misionología celebrada en Burgos los días 12 – 16 de Julio de 1999 se inició con la Conferencia inaugural de Mons. D. Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla y Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones, sobre el tema *Perfil misionero del sacerdote diocesano*. Coincidió esta celebración con la presencia en la ciudad castellana de más de un centenar de sacerdotes diocesanos que integrados en la OCSHA peregrinaban hacia Santiago de Compostela para conmemorar el 50 Aniversario de la fundación de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana. La intervención de Mons. Amigo, junto con otras ponencias más directamente relacionadas con la historia de la OCSHA, fue objeto de reflexión tanto de los participantes en la clásica Semana de Misionología como de los misioneros peregrinos.

La Comisión Episcopal de Misiones ha percibido el interés despertado por esta ponencia en sacerdotes y personas interesadas en la misión *ad gentes*. Y las peticiones del texto que están llegando al Secretariado de la Comisión Episcopal aconsejan su publicación. Además, su contenido puede servir a la reflexión y formación misionera de presbíteros y aspirantes al sacerdocio que en la actualidad relizan los estudios institucionales en los Seminarios.

Desde el Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones expresamos nuestro agradecimiento a Mos. D. Carlos Amigo por la contribución que hace con esta ponencia a seguir avanzando en el esfuerzo por fortalecer la formación y animación misionera en el ámbito de los presbíteros diocesanos de España, y al reconocimiento de los sacerdotes de la OCSHA por su generosa respuesta a la vocación misionera de la Iglesia diocesana.

Que el inicio del año 2000 sea una buena oportunidad para hacer llegar a las Iglesias locales el perfil misionero de un sacerdote diocesano. Ponemos en manos de la Madre de la Evangelización este nuevo trabajo para que obtener del Hijo su fecundidad misionera.

Madrid, 1 de Enero de 2000
Fiesta de la Maternidad divina de María

INTRODUCCIÓN

Cincuenta años de vida de la OCSHA. Muchos son los años, pero más ejemplar y admirable es el trabajo realizado. Dios ha sido grande con nosotros, decimos con el salmo. Y si la tentación de la nostalgia pudiere llegar en algún momento, tengamos bien cerca el libro de la Escritura y recordemos las palabras que tan buena sabiduría dice al hombre de fe: “Tu pasado parecerá insignificante al lado de tu espléndido futuro” (Job 8, 7). Los años pasan, la misión en la historia de la salvación permanece.

Tiempo para la revisión es éste y, en algún modo, también para hacer balance acerca del empleo de los talentos que el Señor puso en las manos de la Iglesia española con el regalo de unos sacerdotes que, llenos del Espíritu de Dios, emprendieron esta maravillosa aventura misionera que es la historia de la OCSHA.

Días también son los nuestros en los que las dificultades acerca de la definición de los rasgos de la identidad misionera, o de la falta de nuevas vocaciones, puedan hacer pensar que con el recuerdo del ayer espléndido cerramos el camino hacia el futuro. ¿Las misiones están llegando al capítulo final de un libro ejemplar? ¿Historia admirable, pero irreplicable? ¿Continúa siendo válida la *missio ad gentes* o la evangelización *ad extra*? Tenemos muchas respuestas. Ninguna tan clara y convincente como las palabras de Cristo: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio...”

(Mc 16,15) Modos, maneras, situaciones, estilo, presencias y acciones pueden cambiar. La palabra y el envío permanecen.

En algunos ambientes se cuestiona, más que la vigencia y la actualidad, la respuesta que se ha de dar al mandato misionero. Ya no hace falta ir lejos, se dice, para encontrarse con gentes que desconocen a Cristo, que practican otras religiones no cristianas. Por otro lado, parece como si el diálogo interreligioso quisiera hacer olvidar el anuncio directo del Evangelio de Jesucristo. Las fronteras han dejado de ser geográficas para estar señaladas por las carencias y la necesidad de las personas. Disminuyen las vocaciones misioneras entre sacerdotes y religiosos y aumenta considerablemente el número de voluntarios que en

las ONG trabajan por el desarrollo de los pueblos y la dignidad de las personas.

El imperativo del mandato de Cristo continúa oyéndose y permanecen fieles a él esos más de veinte mil misioneros y misioneras españoles repartidos por el mundo. Entre ellos, más de mil sacerdotes diocesanos, de los cuales un buen número pertenece a la OCSHA. Unos estarán hablando de Cristo, más con obras que con palabras, entre aquellos que no lo conocen. Otros, tratando de que se conserve y crezca la fe cristiana recibida. Muchos, empeñados en esa tarea de nueva evangelización, en la que el entusiasmo, los modos y las presencias pueden ser tan diferentes como necesarias para la predicación de la buena noticia de salvación.

La misión es universal, sin embargo hay unos ámbitos concretos en los que ha de realizarse. Ni los límites geográficos, ni las dificultades de índole política pueden ser obstáculo para la presencia misionera de la Iglesia, se ejerce en territorios y entre grupos humanos bien definidos, también en regiones en las que no ha llegado el primer anuncio del evangelio. “El criterio geográfico, aunque no muy preciso y siempre provisional, sigue siendo válido todavía para indicar las fronteras hacia las que debe dirigirse la actividad misionera. Hay países, áreas geográficas y culturales en que faltan comunidades cristianas autóctonas; en otros lugares éstas son tan pequeñas, que no son un signo claro de la presencia cristiana; o bien estas comunidades carecen de dinamismo para evangelizar su sociedad o pertenecen a poblaciones minoritarias, no insertadas en la cultura nacional dominante (...) Se deben recordar las situaciones de pobreza, a menudo intolerable, que se dan en no pocos países y que, con frecuencia, son el origen de las migraciones de masa. La comunidad de los creyentes en Cristo se ve interpelada por estas situaciones inhumanas: el anuncio de Cristo y del Reino de Dios debe llegar a ser instrumento de rescate humano para estas poblaciones. (...) Existen otros muchos areópagos del mundo moderno hacia los cuales debe orientarse la actividad misionera de la Iglesia. Por ejemplo, el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos de hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación, son otros tantos sectores que han de ser iluminados con la luz del evangelio” (*Redemptoris missio* (RM) 37).

Hace cincuenta años que nació la OCSHA. En estos años han cambiado muchas cosas, pero sigue habiendo multitudes necesitadas de la presencia evangelizadora de la Iglesia. Desde la fundación de la OCSHA son más de dos mil los sacerdotes los que han empleado su vocación en la predicación del evangelio y el servicio a los más necesitados de muchos países. Ahora recordamos una historia, quizás reducida en años, pero generosa en la entrega de las personas y en los frutos de evangelización. De esas personas, de los sacerdotes diocesanos misioneros nos vamos a ocupar. Su vocación y los rasgos que la pueden definir, los valores y ayudas con los que cuentan, los riesgos de su misión y el acompañamiento de la Iglesia.

1. LA IGLESIA, COMUNIDAD MISIONERA

Ante el mandato del Señor, id a todos los pueblos, la Iglesia no puede olvidar ni su responsabilidad misionera, ni el derecho de todos los hombres a encontrarse con Cristo. El horizonte de la tarea misionera de la Iglesia no solo no ha desaparecido sino que es cada vez más amplio (*Cooperatio missionalis* (CM) 1).

Caridad eclesial

Una comunidad se hace plenamente Iglesia cuando acepta la responsabilidad de evangelizar, de comunicar la riqueza de su fe a todos los hombres. Dificultades y urgencias de unas Iglesias no pueden ser razón para eludir el compromiso de colaborar con otras Iglesias más necesitadas, pues solamente “mediante esta comprometida y eficaz apertura de nuestras comunidades a la empresa de la evangelización de todo el mundo, nuestras Iglesias particulares acceden a la plenitud de su ser mismo de Iglesia.” (*Responsabilidad misionera de la Iglesia española* (RMIE), 3).

Toda la Iglesia, con toda la riqueza de la palabra, de su fe y de sus sacramentos vive en la Iglesia particular. Igual que cada comunidad local participa, con su propia e indeclinable fisonomía, en la comunión de la Iglesia universal. El Espíritu de Jesús ha derribado todas las barreras: id por el mundo, dad lo que tenéis, el Espíritu de Dios estará con vosotros. Y es toda esa Iglesia y cada cristiano en particular quienes tienen el deber de evangelizar. La cooperación misionera es deber de todos los cristianos. Como el Padre me envió, también yo os envío (Jn 20, 21). Este enunciado de Jesús es vinculante y expresa del mejor modo posible la unidad y la continuidad de la misión. La “*missio Ecclesiae*”, de hecho, proviene de la “*missio Dei*.” A nadie se le puede impedir este intercambio de caridad eclesial y de dinamismo misionero (CM 2).

Cristo es el que nos envía porque él mismo es el que desea que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad que es el

mismo Cristo. Es él quien ha llamado y pone en camino. *Veritatis splendor*; la fascinación de la Verdad que urge el mandato y la vocación misionera. Responsabilidad de toda la Iglesia que tiene como vocación primera la de evangelizar. Deber de la Iglesia particular y de todos y cada uno de la que la componemos. Id al mundo entero. Haced de todos los hombres un solo rebaño bajo un sólo pastor.

Conciencia de universalidad

El compromiso misionero se convierte así en una verdadera y maravillosa expresión de caridad eclesial, de un amor universal que se realiza en la unión de todas las Iglesias en el mismo amor de Cristo.

Son muy esclarecedoras las palabras de Juan Pablo II en la exhortación *Ecclesia in America*:

“Jesucristo confió a su Iglesia la misión de evangelizar a todas las naciones: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). La conciencia de la universalidad de la misión evangelizadora que la Iglesia ha recibido debe permanecer viva, como lo ha demostrado siempre la historia del pueblo de Dios que peregrina en América. La evangelización se hace más urgente respecto a aquéllos que viviendo en este Continente aún no conocen el nombre de Jesús, el único nombre dado a los hombres para su salvación (cf. Hch 4, 12). Lamentablemente, este nombre es desconocido todavía en gran parte de la humanidad y en muchos ambientes de la sociedad americana. Baste pensar en las etnias indígenas aún no cristianizadas o en la presencia de religiones no cristianas, como el Islam, el Budismo o el Hinduismo, sobre todo en los inmigrantes provenientes de Asia.

Ello obliga a la Iglesia universal, y en particular a la Iglesia en América, a permanecer abierta a la misión *ad gentes*. El programa de una nueva evangelización en el Continente, objetivo de muchos proyectos pastorales, no puede limitarse a revitali-

zar la fe de los creyentes rutinarios, sino que ha de buscar también anunciar a Cristo en los ambientes donde es desconocido” (*Ecclesia in America* (EA) 74).

Esta universalidad la de la acción misionera de la Iglesia, no es tanto de carácter geográfico, sino que nace y se sitúa en la dimensión incommensurable del amor de Dios que llega a todos los pueblos, pues en Cristo ha sido elegida toda la humanidad.

La tarea de la evangelización constituye la misión esencial de la Iglesia, su dicha y vocación propia. “La Iglesia existe para evangelizar” (EN 14). Es el “anuncio de Cristo a aquellos que lo ignoran, de predicación, de catequesis, de Bautismo y de administración de los otros sacramentos. Ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla. Resulta imposible comprenderla si no se trata de abarcar de golpe todos sus elementos esenciales” (EN 17).

No se trata solo de predicar el Evangelio, “sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicios, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación” (EN 19).

Objetivos de la evangelización

La comunidad cristiana se apoya y vive en la fuerza de su fe en el Señor muerto y resucitado. Si la fe es profunda y viva, ello se debe a que la comunidad se mantiene fiel a la enseñanza de los apóstoles. Si cada día los creyentes se sienten más unidos, no es debido tanto a que la convivencia haya eliminado contrastes, sino a que el Señor les ha dado la gracia de la comunión fraterna, de la participación en la misma esperanza, de saber proyectar su caridad en una dimensión misionera. La comunidad ha recibido una fe y quiere dar razón y hacer partícipes a todos los hombres de su esperanza. Al partir el pan, en nombre del

Señor, entran en comunión sacramental con el Resucitado y se convierten en signo, en sacramento de unidad con todos los hombres.

Son muy claras las orientaciones de la *Evangelii nuntiandi* sobre los objetivos de la evangelización:

Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado (EN 9).

“La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio” (EN 15).

“La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio. Y, sin embargo, esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado -lo que Pedro llamaba dar “razón de vuestra esperanza”-, explicitando por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios” (EN 22).

En resumen: la Iglesia, que es depositaria de la palabra de Dios, envía a los evangelizadores, que son ministros y servidores, no dueños del mensaje. Se necesitará ver en ello tanto el valor del testimonio como la proclamación explícita del misterio de Jesús.

Misión y misiones

La misión *ad gentes* tiene como destinatarios a los pueblos que no creen en Cristo. No es fácil establecer los límites y distinciones entre atención pastoral a los fieles, la nueva evangelización y la actividad misionera específica. Por otra parte, existe una ineludible interdependencia entre las diversas actividades evangelizadoras y pastorales. Las Iglesias locales “no pueden ser misioneras respecto a los no cristianos de otros países o continentes, si antes no se preocupan seriamente de

los no cristianos en su propia casa. La misión *ad intra* es signo creíble y estímulo para la misión *ad extra*, y viceversa” (RM 34)

“Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. Cuando el más humilde predicador, catequista o pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre.

De ahí, la segunda convicción: si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores.

La Iglesia es toda ella evangelizadora, como hemos subrayado. Esto significa que para el conjunto del mundo y para cada parte del mismo donde ella se encuentra, la Iglesia se siente responsable de la tarea de difundir el Evangelio” (EN 60).

Un criterio para la consideración de la *missio ad extra* suele ser el de la consideración de la Iglesia local como el ámbito más inmediato y salir de él abre a ese concepto de envío *ad extra*. La misión *ad gentes* siempre supone el encuentro con aquellos que no han recibido el anuncio de Cristo. Aunque esos no cristianos puedan estar en el espacio geográfico de la Iglesia local.

Campos y formas de evangelización

“Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde den-

tro, renovar a la misma humanidad” (EN 18). La evangelización persigue el empeño de “superar todo aquello que condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc. La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización” (EN 30).

Entre evangelización y promoción humana -desarrollo, liberación- existen efectivamente lazos muy fuertes: antropológicos, sociales y económicos, teológicos, evangélicos. No es posible aceptar “que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad” (EN 31).

Son muchas las maneras en que puede realizarse la evangelización, pero los modos no han de confundirse con el contenido. Se puede evangelizar con el diálogo, la inculturación buscando la liberación del hombre, pero evangelizar será siempre anunciar a Jesucristo. Las diferencias no proceden de la naturaleza misma de la misión, sino de las circunstancias en que esta misión se realiza (AG 6).

La Iglesia, como sacramento universal, no solamente respeta, sino que acepta y recibe los valores de otras formas de vida, de otras culturas. La encarnación del Verbo fue con la naturaleza humana, y a esta realidad hecha de hombres concretos es a quien se dirige el Evangelio. Principio fundamental y origen de la inculturación es, por tanto, el misterio de la Encarnación: Jesucristo, único Salvador, que asume al hombre en su realidad existencial y le habla en lenguajes distintos, pero siempre expresando el mismo contenido de salvación. Ofreciendo a todos los hombres la posibilidad de creer y expresar su fe a partir de la propia realidad cultural. La evangelización asume al pueblo concreto al que se dirige, pero sin adulterar el contenido de la evangelización bajo el pretexto de adaptarlo a una realidad local.

Cooperación misionera

Si toda la Iglesia es misionera, cada cristiano asume en virtud del Bautismo y de la Confirmación la responsabilidad de trabajar por una salvación universal, a la que contribuirá con la oración, el testimonio, el sacrificio, la ayuda económica...

“La cooperación, indispensable para la evangelización del mundo, es un derecho-deber de todos los bautizados, fundado en su misma identidad de miembros del Cuerpo Místico, y se concreta de diversas formas y en diferentes niveles de responsabilidad y de compromiso operante. Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia” (CM 2).

“La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera”. La Iglesia ha recibido el mandato de realizar el plan de salvación universal, que nace, desde la eternidad, de la “fuente de amor” es decir, de la caridad de Dios Padre. Se presenta al mundo como la prolongación del misterio y de la misión de Cristo, único Redentor y primer misionero del Padre, y es sacramento universal de salvación. La Iglesia es congregada en unidad, en toda la tierra, por el Espíritu Santo, protagonista de la misión, del que recibe luz y energía para anunciar la verdad sobre Cristo y sobre el Padre, por El revelado. La misión de la Iglesia posee, pues, un carácter esencialmente “trinitario” (CM 1).

Aparte de otras razones, la misión necesita de una comunidad que sea signo de la presencia de la doctrina de los apóstoles, de la fracción del pan, de la caridad fraterna, del mismo envío misionero. El modelo de la primera comunidad de Jerusalén continúa siendo válido para todos.

Cada Iglesia local tendrá esas notas esenciales y comunes de la Iglesia universal, pero también cada Iglesia local tendrá unos valores propios de la cultura en la que vive, de la idiosincrasia de las personas que la componen, de su tradición y peculiaridad social.

La extensión misionera siempre ha tenido que salvar no pocas dificultades. Unas provienen de elementos externos, otras de la misma identidad de la misión. Desde la ambigüedad con la que en determinados ambientes se presentan algunas cuestiones teológicas (salvación, liberación), hasta la confusión entre el anuncio directo de Cristo y el contenido religioso y social, la evangelización y la cooperación en proyectos de desarrollo. Otra dificultad nueva es la que viene del fundamentalismo y de los nacionalismos excluyentes. El misionero es considerado como extranjero y su predicación como una amenaza.

Por otra parte, los territorios llamados de misión se han convertido en verdaderas Iglesias locales independientes. También con su propia dimensión misionera. Hay que misionar en todas partes, mas parece como si la misión *ad gentes* no fuera ya tan precisa. El secularismo hace creer falsamente que siempre es más urgente lo inmediato que lo lejano.

2. DE LA MISIÓN UNIVERSAL A LA LLAMADA PERSONAL

“Igual que el Padre me ha enviado, también yo os envío” (Jn 20, 21). Jesús, sacramento del Padre, salvación para todos. Igual la Iglesia-sacramento, que es señal de salvación enviada por Jesucristo. Esta característica esencial de misión es propia, constituyente e ineludible responsabilidad de la comunidad-Iglesia que ha sido llamada a evangelizar, a compartir la buena nueva, a anunciar el mensaje de Jesús y a realizar su cometido en la historia de la salvación.

Sacerdote diocesano para una misión universal

Los presbíteros, en virtud del sacramento del Orden, están llamados a compartir la solicitud por una misión universal, pues participan de la misma misión encomendada por Cristo a los apóstoles. Los sacerdotes están disponibles al Espíritu Santo y al Obispo, para ser enviados a predicar el Evangelio por todo el mundo. Vocación, desprendimiento e idoneidad para insertarse en otras culturas serán condiciones imprescindibles (RM 67).

Un texto de la exhortación *Pastores dabo vobis*:

“El presbítero participa de la consagración y misión de Cristo de un modo específico y auténtico, o sea, mediante el sacramento del Orden, en virtud del cual está configurado en su ser con Cristo, Cabeza y Pastor, y comparte la misión de «anunciar a los pobres la Buena Noticia», en el nombre y en la persona del mismo Cristo” (PDV 18).

“El sacerdote tiene como relación fundamental la que le une con Jesucristo, Cabeza y Pastor. Así participa, de manera específica y auténtica, de la «unción» y de la «misión» de Cristo (cf. Lc 4, 18-19). Pero íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia. No se trata de «relaciones» simplemen-

te cercanas entre sí, sino unidas interiormente en una especie de mutua inmanencia. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la «representación sacramental» de Cristo es la que instituye y anima la relación del sacerdote con la Iglesia” (PDV 16).

El sacerdote participa en la “unción” y en la “misión” de Cristo. Servidor de la Iglesia-ministerio “realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado”. Servidor de la Iglesia-comunión, “porque unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio construye la unidad de la comunidad eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios”. Servidor de la Iglesia-misión, porque es testigo del Evangelio (PDV 16).

“De este modo, por su misma naturaleza y misión sacramental, el sacerdote aparece, en la estructura de la Iglesia, como signo de la prioridad absoluta y gratuidad de la gracia que Cristo resucitado ha dado a su Iglesia. Por medio del sacerdocio ministerial la Iglesia toma conciencia en la fe de que no proviene de sí misma, sino de la gracia de Cristo en el Espíritu Santo. Los apóstoles y sus sucesores, revestidos de una autoridad que reciben de Cristo, Cabeza y Pastor, han sido puestos -con su ministerio- al frente de la Iglesia, como prolongación visible y signo sacramental de Cristo, que también está al frente de la Iglesia y del mundo, como origen permanente y siempre nuevo de la salvación, Él, que es «el salvador del Cuerpo» (Ef 5, 23)” (PDV 16).

La incardinación a una Iglesia particular no es una mera figura jurídica. “El don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación no los dispone sólo para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación “hasta los extremos de la tierra” (Hech 1, 8), porque cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles. El presbiterado es un don para todos los pueblos y para todos los tiempos, lleva en el corazón la solicitud de todas las Iglesias” (PO 10).

Responsabilidad individual

Provenientes siempre del mismo Espíritu y orientados hacia el bien de la comunidad, los distintos carismas, las diversas vocaciones de servicio al Evangelio, tienen su discernimiento en la llamada y en el envío que la conciencia individual o la comunidad hacen al apóstol. El hombre puede recibir la invitación del Espíritu a través de la conciencia personal o de la comunidad en la que vive su fe.

Y lo mismo que en el individuo sucede en la comunidad, en la Iglesia local, ya que el encargo de una misión puede dirigirse tanto a personas individuales como a grupos creyentes. Ahora bien, si esta llamada, si este imperativo de evangelización atañe, colectiva e inseparablemente, a toda la comunidad-Iglesia, una persona, un individuo ¿puede asumir la responsabilidad comunitaria del anuncio? ¿puede haber, por el contrario, una Iglesia evangelizadora sin misioneros?

Iglesia y misionero son inseparables en la comunión evangelizadora. El misionero es enviado. Representa, lleva y hace viva la comunidad que le ha recibido en la fe. Nadie actúa en solitario, aunque físicamente aparezca como individuo aislado. Es la comunidad, es la Iglesia quien envía y se hace presente en el misionero. Jesucristo, sacramento del Padre. La Iglesia, sacramento de Jesucristo. El misionero, sacramento de la Iglesia, de la comunidad que lo envía.

“Nacida, por consiguiente, de la misión de Jesucristo, la Iglesia es, a su vez, enviada por él. La Iglesia permanece en el mundo hasta que el Señor de la gloria vuelva al Padre. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa. Ahora bien, es ante todo su misión y condición de evangelizar lo que ella está llamada a continuar. Porque la comunidad de los cristianos no está nunca cerrada en sí misma” (EN 15).

Como individuo, el misionero tiene conciencia de haber recibido un mandato de Dios con finalidad de salvación. Un cometido que va a realizar en las más diversas formas. Basta leer las cartas o los hechos de los apóstoles para contemplar lo variado de las actitudes evangelizado-

ras: desde la predicación directa y pública del nombre y del anuncio salvador de Dios manifestado en Jesucristo, hasta el testimonio de la comunidad.

Todas las vocaciones colectivas o individuales están dirigidas más allá de la propia comunidad. Rompen las fronteras del ámbito en que se vive. Y aunque el primer destinatario de la conversión sea el individuo concreto que recibe el carisma, o la comunidad a la que pertenece, siempre serán como parajes de una peregrinación que camina hacia ese pueblo sin fronteras en el que se realiza, finalmente, el designio de salvación universal. Serán distintas misiones particulares, pero el mismo Espíritu quien envía a todos y para una salvación a la que está llamada la humanidad entera.

La voz de la conciencia resuena siempre con el eco de la personalidad del hombre que escucha, con el sonido de los acontecimientos del momento, o de las personas con las que protagoniza su propia historia, con la resonancia del entorno social, geográfico, religioso en que se vive. El sacerdote diocesano misionero se lleva siempre con él el espíritu de su propia Iglesia local, el amor a su diócesis.

Perfil del sacerdote misionero

La diócesis, la Iglesia diocesana, no es el conjunto de estructuras, funciones, servicios y personas de que se compone el organismo diocesano, sino una comunidad servida en la fe por el obispo y que camina por este mundo en fidelidad al Evangelio recibido y en la esperanza del retorno del Señor.

Pertenecer a la Iglesia no es algo que pueda reducirse a una inscripción burocrática en un registro de personas. Tampoco en una mera pertenencia sociológica, estadística, sin participación en la vida de la comunidad. Por el contrario, pertenecer a la Iglesia es vivir unido a la comunidad, escuchar la voz de los pastores, celebrar juntos la Eucaristía, ayudar a las obras de caridad, dar testimonio cristiano en todo momento. La Iglesia diocesana no nos encierra ni en el ámbito en el que vivimos, ni en nuestras propias obras. Toda la Iglesia universal vive en cada diócesis, en cada parroquia. Pero también, cada Iglesia

local vive en comunión con toda la Iglesia. Y con ella participa en su misión salvadora.

Nada más ajeno al sentido de diócesis, de Iglesia local, que encerrarse en proyectos, ideas y necesidades particulares, olvidando esa dimensión universal que deben tener todas nuestras acciones pastorales. Ese compromiso universal no va a reducir la respuesta a la situación concreta y a la realidad en que se encuentra cada Iglesia local. Al contrario, cuanto más católicas, universales, sean nuestras acciones, más interés tendremos por hacer visible la realidad y vida de la Iglesia en el ámbito local, diocesano.

Desde los primeros años de la vida de la Iglesia, los apóstoles que obedeciendo el mandato de Jesús se habían repartido por el mundo, formaban comunidades cristianas, Iglesias particulares. No como partes y fragmentos que sumados compusieran la Iglesia universal, sino como verdadera presencia y manifestación, en un lugar concreto del mundo, de la vida en conformidad con el evangelio de Jesucristo.

La acción del Espíritu Santo se iba manifestando en el amor que los bautizados tenían por su Iglesia, en la que celebraban la Eucaristía, vivían en la caridad, escuchaban y seguían las enseñanzas de los apóstoles y perseveraban juntos en la oración. Este era el modelo de la primera Iglesia. Y así continúa siendo. Sólo el que ama de verdad a la Iglesia y vive en fidelidad a ella, puede decir que ha llegado a él la gracia del Espíritu Santo.

Jesucristo envió a sus apóstoles para extender la Iglesia en los distintos lugares del mundo. Y la Iglesia se hizo presente en Jerusalén, en Roma, en Corinto..., y en cada una de las diócesis en las que un Obispo preside y sirve en la caridad a la comunidad cristiana. Esa unidad, en torno al Obispo, constituye la diócesis. Es como la realización, en un lugar determinado, del ideal evangélico propuesto por Jesucristo.

San Pablo quiere que la comunidad reflexione y vea la categoría de hombres que fueron elegidos: ni los más sabios ni los más poderosos. Pero los que van a confundir a quienes se creen sabios, y los que van a humillar al poderoso porque su única gloria y su único título es el Señor (1 Cor 11 26-31).

Si tuviéramos que describir, en breves palabras, la figura, la persona del sacerdote diocesano misionero, como la expresión y signo transparente de la comunidad cristiana, lo haríamos, siempre desde una res-

puesta de fe, como la de un peregrino que ha recibido un mensaje y el encargo de caminar. Al encontrarse con otros hombres los hablará de lo que “ha visto y oído” entre los hermanos que dejó atrás. Aceptará el riesgo de tener que caminar siempre, de hacerlo solo muchas veces, de no tener a nadie que escuche su palabra, de recibir el rechazo o la indiferencia. Es el riesgo de la peregrinación y de unos altos precios que pagar.

Un precio de fidelidad. Fidelidad al lenguaje, a las costumbres, a los hombres y a los países que entran en su recorrido. Fidelidad al ministerio de encarnación que el sacerdote misionero representa. Fidelidad a la fe a Dios y a la comunidad que lo ha puesto en camino. Un peregrino que se enriquece al dar, que goza al servir, que resucita después de la cruz de cada día.

Era costumbre en la antigua Iglesia que el catecúmeno, al recibir el Evangelio de manos del Obispo, respondiera recitando el Credo. A la confianza de la comunidad, de la Iglesia que ponía en su mano la riqueza de la fe en Jesucristo, el nuevo cristiano confesaba su adhesión a la palabra revelada. Era aceptación y respuesta a la vocación recibida y, también, primer paso en el camino de evangelización: lo que has recibido de la comunidad, llévalo a tus hermanos, a todos los hombres. “Los misioneros aceptan satisfacer, al menos parcialmente, la responsabilidad evangelizadora que atañe a nuestras Iglesias locales (RMIE 4).

La comunidad pone en manos del sacerdote diocesano misionero la fuerza carismática que posee - fe, palabra, sacramentos, presencia multiforme del Espíritu - y lo envía. Ciertamente que el misionero va a ser la mejor y más clara expresión del carácter evangelizador de la comunidad cristiana (AG, 23), ya que encarnará en su existencia unos valores carismáticos que solo pueden verse en una conducta externa cargada de significación, pero en el convencimiento de que toda la acción misionera es un acto eclesial, que se realiza en nombre y con la misión de la Iglesia y que, por tanto, ningún evangelizador es dueño absoluto de su acción evangelizadora (EN, 60).

El sacerdote diocesano sale de “su casa y de su tierra” (Gn 12,1), pero permanece en unión con su comunidad de fe a la que hace viva, extiende, enriquece y representa en otro lugar. Sale de su casa para construir otra nueva. Deja su tierra para fecundar otros surcos.

Lo que vimos y aprendimos, eso os lo hemos enseñado (Jn 3, 11). La Iglesia que lo ha engendrado por la fe y el Bautismo, continúa en el

sacerdote diocesano misionero su fecundidad de anuncio y conversión, en el convencimiento de que todas las acciones evangelizadoras son de una comunidad universal. Es la consecuencia de la pertenencia a la Iglesia, de la comunión de todos en Cristo.

La vocación misionera de la Iglesia cristaliza en esta forma de vida del bautizado que es enviado por la comunidad. En cualquier sitio donde intente vivir el amor aprendido entre los suyos, sabe que está evangelizando y que se descubre como un don de Dios a sus hermanos. Un regalo que Dios hizo a la Iglesia y que esa misma comunidad envía para dar participación a todos de la gracia recibida.

Más allá del propio ámbito cultural, caminando junto a cualquier hombre y en el más distinto lugar, se realiza, en cierta manera, el misterio de la encarnación. Cristo se ha unido al hombre (RH 13) para que el reino de Dios llegue a todos los hombres. Quien fue llamado, fue también elegido para beneficio de la humanidad. Con su vida, con su palabra, con su oración, con los sacramentos, el misionero celebra lo que Dios quiere para todos los hombres.

“Se presentan, a veces, tales circunstancias que imposibilitan durante algún tiempo el proponer directa e inmediatamente el mensaje evangélico. En estos casos pueden y deben los misioneros, con paciencia, prudencia y, a la vez, con gran confianza, dar, al menos, testimonio de la caridad bienhechora de Cristo y preparar así los caminos del Señor y hacerle de alguna manera presente” (AG 6).

La respuesta del sacerdote diocesano misionero ante la Iglesia no puede ser otra que la fidelidad. Ser fiel a la comunidad que lo envía y a la Iglesia que lo recibe. Es obvio que este ser fiel proviene en un principio de la llamada de Dios, del servicio al Evangelio, de la fe y el compromiso, por el Bautismo, de realizar en su propia vida el misterio pascual. Una fidelidad transparente, una respuesta de entrega, mantenida y constante, a la propia vocación, misionera, a la urgencia de predicar y de construir el reino de Dios.

Cultura diocesana e inculturación

¿Cómo conjugar la unidad y universalidad del mensaje evangélico con su inserción en las distintas culturas, en las situaciones tan diversas,

en comunidades humanas tan dispares? Fidelidad a la comunidad que envía, ciertamente, pero también aceptación real de la comunidad que recibe, ya que, si es mensaje de salvación universal, tiene que encararse en todas las culturas.

La Iglesia, como sacramento universal, no solamente respeta, sino que acepta y recibe los valores de otras formas de vida, de otras culturas. “La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llegan a su vida concreta. Pero, por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si queriendo adaptar una realidad universal a un espacio local, se sacrifica esta realidad y se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad. Ahora bien, solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre que es de hecho universal puede tener un masaje capaz de ser entendido, por encima de los límites regionales, en el mundo entero.” (EN 63)

Al asumir la responsabilidad de “representación” de la comunidad, el sacerdote diocesano misionero adquiere la configuración personal de líder, con una influencia que puede impresionar y dirigir la fuerza del mensaje que predica, no a la construcción del reino de Dios, sino a una vinculación admirativa hacia la persona que lo anuncia. El sacerdote misionero se siente humanamente recompensado, pero ha sustituido la imagen de Dios por la suya propia. Conviene recordar el pensamiento de San Juan de Ávila: No robar a Cristo los ojos de sus cristianos. Que le vean a él, no a ti.

El traspasar las fronteras de la propia comunidad humana y cristiana no solo ha de considerarse en el aspecto espacial, geográfico, sino, y preferentemente, en una dimensión cultural. Habrá de tener el sacerdote diocesano misionero una gran capacidad de adaptación, de descentralización occidental. Necesitará un buen bagaje de madurez humana, generosa en virtudes fundamentales de resistencia a lo conflictivo, iniciativa, acometividad sin esperar resultados inmediatos, consagración al ideal, convicción y valor, responsabilidad. Este hombre-tipo requiere un sustrato humano, incluso físico, de apoyo. Y, también, unos elementos de refuerzo social, ecológico, de comunicación.

Pero es muy difícil que el hombre, por muy grandes y elevados que sean sus ideales, pueda ser completamente fiel a la comunidad si no lo es a sí mismo. Si la fidelidad exigía unas virtudes y unas necesidades para el apoyo y refuerzo de esas aptitudes fundamentales, de igual modo hay un cuadro de actitudes psicológicas que requieren una respuesta efectiva, emocional.

Aunque es el mismo Señor el que llama, sin embargo, esa invitación va a tomar una forma distinta en cada hombre por la encarnación de gracia y carácter dentro de la misma persona, en el mismo sujeto de unidad consciente. La personalidad misionera aparecerá como una estructura unitaria, coherente, con interacción de funciones, motivación y tendencias muy difíciles de separar. La vocación de Dios fecunda la naturaleza del hombre concreto y la respuesta es una personalidad nueva. Un hombre nuevo, y no solamente desde el punto de vista carismático, sino también desde la realidad psicológica del conocimiento, de las motivaciones, de la vida emocional.

El decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, describe la figura del misionero en términos de capacidad de iniciativa, constancia para continuar en lo emprendido, perseverancia en las dificultades, paciencia, fortaleza, soportar la soledad, el cansancio y el trabajo infructuoso, tener espíritu abierto, de adaptación a otras costumbres, de concordia y colaboración... (AG, 25).

Al hacer el perfil del sacerdote misionero no habrá nunca que olvidar las dimensiones siguientes: teológica (elegido y consagrado por Dios en Jesucristo), sacramental (la gracia de la imposición de las manos del Obispo y la oración de la Iglesia), eclesial (comuni3n con la Iglesia), diocesana (v3nculo bautismal e incardinaci3n jur3dica y espiritual).

3. RIESGOS Y VALORES DEL SACERDOTE MISIONERO

Todas estas cualidades requeridas son ideales a conseguir más que conquistas ya logradas. Un querer imperioso de “llegar a” que motiva y desencadena una forma de comportamiento. Estas “virtudes” del sacerdote diocesano misionero provocan cierta tensión interna y empujan a un tipo de conducta. Son, pues, a un tiempo, metas a conseguir y motivaciones que estimulan.

Hay una tendencia a superar el desequilibrio que causa la inseguridad de perder la posición que se tiene en la comunidad donde se vive y el miedo de no poder alcanzar lo que se desea. También la necesidad de sentir aprobación al trabajo que se hace y de ver la eficacia del esfuerzo. Una devaluación del aprecio a la actividad misionera provoca el desencanto de la vocación.

Dignidad y servidumbre del misionero

La ilusión misionera puede quedar bloqueada por los más distintos impedimentos: Imposibilidad de actuar, desconocimiento de objetivos, falta de reconocimiento de la comunidad en nombre de la que se evangeliza, regresión numérica de la comunidad que recibe, condicionantes políticos, xenofobia, orden internacional injusto, socialización del trabajo por el evangelio...

No ha sido el sacerdote quien lo ha elegido, sino que fue el mismo Cristo el que, por medio de la comunidad, ha buscado a este hombre para que represente y sirva a la Iglesia con una vocación universal y para que abandonando cualquier otra preocupación, se entregue al trabajo constante de anunciar el reino predicado por Jesucristo.

Tendrá que ser luz y sal (Mt 5,13), no llevará alforja ni preocupación por el dinero (Mt 10,5), estará con sencillez y cautela (Lc 9,1), como oveja entre lobos (Mc 6,7). No pretenderá tener otra suerte que la del Maestro.

Y si al Señor lo han llamado demonio, cuanto más a los discípulos (Mt 10,24)

Ser misionero implica no sólo aceptar una doctrina y un estilo de comunicarla, sino una adhesión plena, exclusiva y total a la persona del Maestro. El enviado, el sacerdote diocesano misionero, tendrá que hablar con la palabra de Cristo, tendrá que iluminar con la luz de Cristo, tendrá que santificar con la gracia de Cristo. Pero, sobre todo, tendrá que vivir plenamente identificado con la persona de Cristo: ya no vivo yo, es Cristo quien habla, quien ilumina, quien santifica, quien vive en mí (Gál 2, 20).

“Enviada y evangelizadora, la Iglesia misma envía a los evangelizadores. Ella pone en su boca la Palabra que salva, les explica el mensaje del que ella misma es depositaria, los da el mandato que ella misma ha recibido y les envía a predicar. A predicar no a sí mismos o a sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad.” (EN 15).

Al enviar lejos a uno de sus miembros, la comunidad cristiana ha puesto en sus manos el evangelio. Un tesoro muy grande, pero que el sacerdote diocesano misionero ha de llevar en el vaso de la propia fragilidad. Fue elegido y continúa entre los hombres, aunque con las manos repletas de bien y con la fuerza del Espíritu que se le ha infundido en la llamada. Es barro y lleva el fuego del Espíritu. Pecador y administra el perdón. Siervo inútil, pero comunicando la gracia de Dios.

He aquí la dignidad y la servidumbre del sacerdote diocesano misionero. El riesgo que implica la vocación y el envío. Sujeto constantemente a una tensión entre la fidelidad a “estar” como hombre entre los hombres y “ser” evangelio vivo enviado por Dios.

Seguridad personal y compromiso con el evangelio

Entre los riesgos más frecuentes del sacerdote diocesano misionero, del elegido y enviado por la comunidad para el servicio de otra Iglesia,

cabe el de perder esa misma conciencia de misión, de encargo recibido. Se aprecia el designio, más como privilegio que como mandato de entrega al esfuerzo por construir el reino de Dios. Es el fariseísmo del gozo fatuo en el encumbramiento. Consagrado, elegido, pastor, maestro, enviado... Grandes valores que pueden quedar reducidos a simples y huecas palabras desprovistas de contenido si se olvida la responsabilidad de la diaconía. Es la tentación sutil a contemplar el honor más que el ministerio. A gozar con la posesión más que con el servicio. A buscar la seguridad personal más que el compromiso con el Evangelio. Creerse haber llegado a la meta, de enseñar sin aprender, de dirigir sin estudiar, de administrar la palabra de Dios con propia sabiduría. El afán orgulloso del perfeccionismo moral individualista o del tecnicismo como especialista profano y desprecio de la pasión misionera. Un afán de compromiso sin fe, sin apoyo y vida en la palabra de Dios y haciendo de la caridad una nueva forma de colonialismo despótico.

También la evasión de querer vivir una creencia espiritualizada sin encarnación en un mundo por el que murió Jesucristo. Es el riesgo y la tentación de querer huir de la situación incómoda de aquí, pensando encontrar allá, en una utópica tierra de misión, el vellocino de la felicidad, de la paz. Es la tentación del egoísmo en la soledad cuando la comunidad incomoda, de la seguridad material en una teórica pobreza, de la compensación y el anticipo afectivo entre un grupo humano que por más pobre, lejano y pequeño, acoge con mayor aprecio y agradece mejor el servicio que se le hace.

Ante la magnitud del compromiso surge la tentación del descorazonamiento. Si el problema es complejo la pereza aconseja no complicarse en él. Si es lejano, el egoísmo arguye que no te corresponde. Por eso, riesgo, y muy grande, de la vocación misionera es el de la tensión entre el miedo al compromiso y la imperiosa y generosa respuesta a la llamada. Situación que, unas veces, se rompe con la huida a la comodidad, de la contemplación por la contemplación, del testimonio por el testimonio o la presencia por la presencia, cuando duele la agresividad y el peso del trabajo de cada día. Es, otras veces, la huida a la actividad desenfrenada en trabajos que a nadie benefician en misiones que nadie ha encomendado, en proyectos de autoengaño complaciente cuando la conciencia no aguanta la interpelación de la palabra de Dios hacia una entrega más justa y menos caprichosa.

Antes, era difícil llegar, establecer una misión, construir con piedras vivas una Iglesia local. Ahora, el gran trabajo es el de permanecer, muchas veces con la amarga sensación de esterilidad. De haber perdido inútilmente la vida. De no esperar recompensa de una semilla que se puso en el surco sin ilusión.

Degradación de la fidelidad

Pero, quizás, el riesgo y la tentación más grande del misionero sea la de querer inventarse un Cristo que no es el verdadero, que no es el Cristo del Evangelio y que quiere transmitirse así, falsificado, a los hombres. Es fácil caer en la transigencia con la injusticia de los protectores, de colaborar con la prudencia de la carne, de olvidar la obligación de la denuncia evangélica o la incomodidad de la corrección profética y fraterna. Unos piden milagros, otros sabiduría y, en lugar de predicar el escándalo de la cruz, se administra la pacotilla de falsas seguridades. Este es el mayor riesgo y la gran empresa del sacerdote diocesano misionero: ser fiel al evangelio.

El apostolado, el trabajo de evangelización, sigue en su deterioro un proceso paralelo a la degradación, a la pérdida de la fe. No se concibe la aceptación de la palabra de Dios sin unos comportamientos consecuentes y que reflejen en la práctica lo inconfundible de la fe. En el anuncio del Evangelio puede existir, igualmente, la falsa presunción de confesar teóricamente la fe en Jesucristo sin el anuncio explícito, aunque no sea verbal, de esa misma adhesión cristiana. Se justifica la falta de proclamación del Evangelio, con la presencia inactiva y cómodamente silenciosa. El diálogo y el respeto a los hombres de otra, o de ninguna fe, con la pseudodiscreción del anonimato.

Ha sido una misión fallida. Una vocación y un envío sin respuesta a la alianza, sin fidelidad al mensaje recibido. Fue, al mismo tiempo, fraude a la comunidad-Iglesia que envía y sustracción al derecho que los hombres tienen a la verdad.

Tensión entre lo particular y lo universal

El cisma entre lo particular de la llamada al Evangelio y el envío de universalidad provoca anquilosamiento y esterilidad.

“Por otra parte, como demuestra la historia cada vez que tal o cual Iglesia particular, a veces con las mejores intenciones, con argumentos teológicos, políticos o pastorales, o también con el deseo de una cierta libertad de movimiento o de acción, se ha desgajado de la Iglesia universal y de su centro viviente y visible, muy difícilmente ha escapado - si es que lo ha logrado - a dos peligros igualmente graves: peligro, por una parte, de aislamiento esterilizador y, también, a corto plazo, de desmoronamiento, separándose de ella las células, igual que ella se ha separado el núcleo central; por otra parte, peligro de perder su libertad, cuando desgajada del centro y de las otras Iglesias que lo comunicaban fuerza y energía, se encuentra abandonada, quedando sola, frente a las fuerzas más diversas de servilismo y explotación” (EN, 64).

La vocación misionera transforma la mente, los comportamientos, la existencia del hombre que ha recibido la llamada; le convierte a sus hermanos. No es que el sacerdote diocesano misionero haya comprendido la razón de su servicio de reconciliación universal, sino que el Espíritu le ha convertido, llevado, entusiasmado por el Evangelio. Por eso, uno de los primeros objetivos evangelizadores es la reconciliación, el restablecimiento de la confianza entre los hombres, perdida en el desconocimiento mutuo o por el olvido del Evangelio.

Hemos venido repitiendo que el sacerdote diocesano misionero es un enviado de la comunidad. Tenemos, ahora, que profundizar en este ministerio. No nos referimos a la “*missio canonica*” ni al “transitar”, de una comunidad a otra, aunque ambos conceptos los podremos tener en cuenta. Se trata del “ser enviado” como carisma, como acción del Espíritu en el hombre. Es enviado no tanto el que “parte de una comunidad” y “llega” a otra, sino quien es llamado, el que es invitado por una Iglesia local para que sirva en ella con el carisma, con la función o el ministerio que ha recibido. La comunidad-objeto-de-evangelización se convierte en Iglesia evangelizadora en cuanto invita y llama para vivir en ella el servicio del Evangelio.

Como un peregrino, el sacerdote diocesano misionero, lejos de estar instalado en una diócesis, en una Iglesia particular, vive atento al reclamo, a la interpelación de un pueblo sin límites ni fronteras. Participa en

la comunión universal de la Iglesia, significada por el Obispo. Se agranda la dimensión de universalidad para rebosar cualquier límite estructural, de grupo, de religión. El sacerdote es un hombre para todos los hombres. Un hombre llamado que sirve, está, celebra, anuncia, predica, vive lo que Dios quiere para todos. Encarna, con su presencia activa el deseo de salvación universal.

Riesgo de la identidad

Atrás quedó el concepto de líder ministerial, con poder y autoridad monopolizadores, hombre constituido y con exigencia de sumisa obediencia. El ministerio se hace *kenosis* (anonadamiento), la clericalización deja paso a la vocación secular, el monopolio y la exclusividad a la acogida y a la promoción de nuevos ministerios.

Como ministro de evangelización, el misionero busca la huella de Dios en las distintas vocaciones. Se hace disponibilidad y transparencia con su vida y con unas acciones en las que los hombres contemplan el verdadero testimonio de un servidor de Jesucristo.

Si el misionero es sacerdote, la comunión con el presbiterio informará su vida evangelizadora. La situación de independencia, de la última decisión, del juicio inapelable, del magisterio incontestable y de las acciones pastorales individualistas, dejarán lugar al diálogo, a la confrontación constructiva, a la comprensión, a la pastoral de conjunto, al sentido comunitario de la Iglesia, a la comunión de espíritu, a nuevas y distintas formas eclesiales de actuación.

Una cuestión siempre fundamental: ¿por qué y para qué la misión? Porque a nosotros se nos ha concedido la gracia de anunciar a todos las inescrutables riquezas de Cristo (Ef 3, 8). Porque hemos recibido del Señor el mandato de comunicar la fe que hemos recibido. Porque hemos de servir a todos con el testimonio de nuestra fe y de nuestra vida cristiana. Porque los hombres de todos los tiempos tienen derecho a conocer a Jesucristo. Porque la caridad exige la comunicación a los demás de bien que se tiene.

“La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros. La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una

ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una gradual secularización de la salvación, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina” (RM 11).

Posturas extremas y equivocadas para la afirmación de la identidad son el fundamentalismo y el nacionalismo excluyente y el proselitismo imperialista.

El *fundamentalismo* es un fenómeno complejo, en el que se mezclan elementos religiosos, culturales, nacionalistas, políticos. No es fidelidad a Dios, sino una actitud rígida que parece querer adueñarse de la voluntad de Dios, acaparándola en favor de los unos objetivos que se quieren alcanzar a toda costa y valiéndose de cualquier medio con tal de lograr la finalidad propuesta.

Valor muy importante es el del amor a la propia nación, a la propia cultura, a la patria. Pero no pocas veces los *nacionalismos* excluyentes pueden hacer caer en la misma intolerancia que se pretenden denunciar en unos discursos interesados en hacer olvidar los verdaderos cimientos de un pueblo. Buscamos el valor de la convivencia secular y cultural, pero debemos estar muy atentos a las sutilezas con las que se presenta la intolerancia. Podemos convivir en una comunidad pluricultural, sin necesidad de que cada uno pierda su propia identidad, ni tenga que renunciar a ser fiel a las propias convicciones.

Existe también una sutil agresión al ejercicio de la libertad, creando la ambigüedad entre la elección y la indiferencia, entre el no optar por nada y el tomar postura por unas ideas y por una forma de vivir. Lo mismo ocurre respecto a la confusión entre ofrecimiento -dar participación de la propia fe- y el *proselitismo*, ganar a toda costa para la propia causa mas que al Evangelio y a la salvación de la que el único dueño y señor es Jesucristo.

Memoria Christi

La “memoria Christi” - recuerdo, presencia, celebración y promesa - dará razón cumplida y justificará el envío y la misión evangelizadora.

Ser testigos de Jesucristo, este es el gran valor y la mejor ayuda. Yo estaré con vosotros siempre. Elegido por Cristo para hacer presente la buena noticia de salvación. La inseguridad del sacerdote diocesano misionero se hace fortaleza con la eficacia de la presencia de Cristo. No serán tus palabras las que salven, sino las de Jesucristo.

El sacerdote diocesano misionero tendrá que abrirse a esa presencia de Jesucristo y preparar el camino del Señor. Será testigo del Maestro, servidor del Redentor, precursor del Salvador... Por tanto, necesitará más oración, para conocer mejor los planes de Dios y purificar las intenciones; mayor contacto con la comunidad, a fin de excluir proyectos individualistas; nueva reflexión sobre los objetivos que se desean alcanzar; mejor conocimiento del contenido de la evangelización y de la actividad misionera de la Iglesia; inserción real en otras culturas; diálogo interreligioso...

No tenemos otra sabiduría. El sacerdote diocesano misionero ha optado, decida y conscientemente, por Dios. Y va a responder, siempre desde la fe, con las aptitudes, con las gracias, con los carismas que ha recibido. Cada uno de esos dones, de esas cualidades, estará dirigido y ordenado a un servicio dentro de la comunidad. Si el sacerdote diocesano misionero lleva consigo la luz - fe, conocimiento, esperanza, carismas, comunión, Espíritu de Dios... - no es para complacerse orgullosamente en ella, sino para responsabilizarse más en la tarea de servir con eficacia al Evangelio.

Los apóstoles eran los testigos. Los que habían visto al Señor resucitado. Llevaban esperanza. Anunciaban la reconciliación de todo el universo con Dios. El sacerdote diocesano misionero debe ser hombre de fe viva y de oración, de esperanza firme, de fortaleza y templanza, llevando el mensaje de Jesús (AG, 25). Es el hombre que contagia entusiasmo, que de razón de su esperanza (1 Pe 3,15), que nunca se cansa de hacer el bien (2 Tes 3,13), que hace ver a los hombres el rostro benévolo de Dios (Gn 33,10).

Después del exilio, la situación del pueblo era precaria y dolorosa. Llega el profeta, ungido del Señor, para dar la buena noticia a los que sufren, consolar, ayudar, servir alegrar, predicar el anuncio de un tiempo nuevo de Dios. Este es el cometido, la misión del enviado: anunciar el Evangelio de Dios; comunicar a los hombres la salvación en Cristo; llenar todas las manos de justicia y de misericordia.

Estas actitudes y disposiciones comportan una exigencia de fe, de respuestas teológicas, de vida en el Espíritu. Es lo que conocemos por espiritualidad misionera: adhesión al misterio de Cristo, sin avergonzarse de la cruz, humildad y mansedumbre, vida evangélica, paciencia y longanimidad, caridad sincera, con testimonio hasta la muerte, absoluta pobreza, obediencia... (AG 24).

Se hablará un lenguaje nuevo, aparecerán otros ministerios, las estructuras y los andamios que ayer sirvieron para construir la casa, hoy estorban y afean el edificio. A distintas urgencias, otros imperativos de servicio. Más conciencia eclesial de ser una comunidad enviada para la salvación

Nuestro tiempo facilita la acción misionera con una serie de factores positivos: posibilidades de comunicación, sensibilidad universalista, apertura de fronteras, mayores recursos económicos, pero solamente hay un modo de comunicar el Evangelio y de entusiasmar a los hombres con Jesucristo: que el misionero, el evangelizador viva ese gozo de sentirse lleno de Jesucristo. Es la propia experiencia de la fe la que se transmite a los demás (EN, 46). El misionero debe construir la Iglesia en él mismo antes de tratar de construirla fuera (Pablo VI. *Alocución a los sacerdotes*, 15 marzo 1976).

4. ESTRUCTURAS DE LA ORGANIZACIÓN MISIONERA

Una fidelidad generosa y constante a Dios pasa necesariamente por unas mediaciones humanas. Se es fiel a Dios en una reconciliación plena -aceptar y vivir en comunión- con la humanidad entera, con la Iglesia que guarda y envía, con el evangelio, -buena nueva para todos- con la celebración sacramental, con el ministerio recibido, con el servicio de corresponsabilidad...

La finalidad de la organización misionera puede considerarse en la misma forma que la reciente *Instrucción de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos* habla de la cooperación misionera:

“1. Afianzar los principios doctrinales que se encuentran en la base de la cooperación misionera.

2. Dar disposiciones sobre la cooperación misionera, con referencia especial a las OMP y, en particular, sobre las relaciones entre la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y las Conferencias Episcopales.

3. Estimular y precisar la realización de algunas iniciativas de cooperación misionera de las diócesis de los territorios de derecho común en favor de las Iglesias jóvenes” (CM, Intr).

Las Obras Misionales Pontificias

Tienen un papel primario y propio. La Iglesia ha garantizado su autenticidad, reconociéndolas y haciéndolas depender directamente del Santo Padre. Las OMP son cuatro:

- *Obra Misional Pontificia de la Propagación de la Fe*, que tiene como objetivo suscitar el interés por la evangelización universal, promover en las Iglesias locales la ayuda espiritual y material, y el intercambio de personal apostólico.

- *Obra Misional Pontificia de la Infancia Misionera*, para ayuda de los educadores y despertar en los niños la conciencia misionera y animarlos a compartir su fe y los medios materiales, así como para promover las vocaciones misioneras.
- *Obra Misional Pontificia de San Pedro Apóstol*, para sensibilizar sobre la importancia del clero local y contribuir a su formación.
- *Pontificia Unión Misional*, para la formación y animación misionera de los sacerdotes, de los seminaristas, de los miembros de los institutos de vida consagrada, así como de los misioneros laicos.

Se llaman “Pontificias, por el apoyo de la Santa Sede, que las hace propias, les da un carácter universal. Siendo Pontificias lo son también del Episcopado entero y de toda la Iglesia (CM 5).

A las OMP les corresponde el impulso de la cooperación misionera, aunar las ayudas misioneras, tanto de personas como de medios materiales. Estas OMP están presentes y actúan en todas las Iglesias particulares y deben ser como la conciencia misionera de la Iglesia local (CM 5).

A la *Congregación para la Evangelización de los Pueblos* le corresponde dirigir y coordinar en todo el mundo la obra misionera. Las OMP dependen de esta Congregación, aunque “en lo referente al ejercicio de su actividad, en los diversos territorios, la dirección de estas Obras se confía también a las Conferencias Episcopales y a los Obispos de cada diócesis, en conformidad con los Estatutos de las mismas Obras. Esta dependencia de la Congregación y de las Conferencias Episcopales y de los obispos requiere una buena regulación de competencias y un intercambio permanente de orientaciones y programas de acción, aunque “reafirmando el principio de la dependencia de las OMP respecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y de los Obispos, a dichas Obras corresponde también por derecho propio una justa autonomía, reconocida por la autoridad competente e indicada en los propios Estatutos” (CD 6)

Al *Director Nacional* de las OMP, nombrado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, previa presentación de la Conferencia Episcopal, le corresponde promover y dirigir las OMP en la nación y coordinar su funcionamiento en cada una de las diócesis, observando los propios Estatutos de las OMP, así como las normas de la Santa Sede y de la Conferencia Episcopal. En cada diócesis hay un Director Diocesano de las OMP nombrado por el obispo (CM 7,8,9).

Comisión Episcopal de Misiones

Tiene como finalidad el incrementar, animar y cooperar en la evangelización *ad gentes* y mantener las relaciones de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y con la Conferencia Episcopal.

Entre sus cometidos están aquellas acciones que pueden ayudar a la educación misionera del clero, apoyar a los Institutos misioneros, promover la conciencia misionera en las Iglesias particulares, cuidar que todas las ofertas recogidas se pongan íntegramente a disposición del fondo común para las misiones. Proponer a la Conferencia Episcopal la cantidad que cada diócesis debe aportar cada año para la obra misionera. “Cuidar que sean promovidas y armónicamente integradas todas las iniciativas de cooperación misionera, evitando que ninguna en particular perjudique a las otras, y salvaguardando siempre el carácter universal y prioritario de las OMP”. Promover la colaboración y animación misionera con los Institutos de vida consagrada (CM 11).

El Consejo Misionero Nacional

Constituido por la Conferencia Episcopal, debe programar, dirigir y revisar las principales actividades de cooperación misionera en el ámbito nacional.

Lo forman el Presidente de la Comisión Episcopal; el Director Nacional de las OMP; los Secretarios Nacionales de las OMP, sacerdotes diocesanos escogidos por la Comisión Episcopal; delegados de los Institutos misioneros y delegados de las Asociaciones misionales laicales (CM 12)

Coordinación de los organismos

La instrucción “*Cooperatio missionalis*” (13, 14) establece unos criterios suficientemente claros para la coordinación de los diversos organismos de animación misionera:

- reconocer y asegurar efectivamente a las OMP la función de instrumento oficial de la Iglesia universal, que les compete constitutivamente en el país y en las diócesis;
- las Conferencias Episcopales y los Obispos son responsables de la cooperación misionera en la Iglesia local;

- los programas de las OMP deben integrarse en los programas pastorales de las diócesis para conseguir el objetivo de que la cooperación misionera esté verdaderamente integrada en el contexto pastoral;
- establecer unas buenas relaciones entre la Comisión Episcopal para las Misiones y la Dirección Nacional de las OMP;
- el Director Nacional de las OMP debe encontrar apoyo efectivo en la Comisión Episcopal;
- informar al Director Nacional de las deliberaciones y de las iniciativas misioneras de la Comisión Episcopal;
- invitar al Presidente de la Comisión Episcopal a los encuentros nacionales anuales de las OMP
- cada diócesis envíe todas las ofrendas que los fieles dan para la OMP.

Relaciones con la Congregación para la Evangelización

Las relaciones entre la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y las Conferencias Episcopales sean intensas, creativas y dinámicas. Es conveniente el encuentro de los obispos con los responsables de la Congregación, sobre todo con ocasión de la visita *ad limina*. De forma particular deben visitar la Congregación los Presidentes de las Comisiones Episcopales. Así mismo “representantes de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos participen a su vez en encuentros nacionales o continentales organizados por las Conferencias Episcopales sobre la cooperación misionera” (CM 15).

Siempre se ha de tener en cuenta que corresponde a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos “dirigir y coordinar en todo el mundo la obra de evangelización de los pueblos y la cooperación misionera, salvo la competencia de la Congregación para las Iglesias Orientales” (RM 75).

Organismos de cooperación misionera

La Congregación para la Evangelización de los Pueblos es el organismo central que dirige y coordina en todas partes las iniciativas y las actividades de cooperación misionera. Las Iglesias locales, tanto en el

plano nacional con las respectivas Comisiones de Misiones de las Conferencias Episcopales, como en el plano diocesano, tienen un cometido semejante en su propio ámbito. Respecto a los Institutos de vida consagrada, teniendo en cuenta sus propias constituciones, “trabajan eficazmente en el vasto y diferenciado campo de la cooperación misionera, utilizando medios y métodos particulares con estructuras y organización autónomas” (CM 3).

5. LA OBRA DE COOPERACIÓN SACERDOTAL HISPANO AMERICANA (OCSHA)

Se cumplen ahora los cincuenta años de la fundación de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana: la OCSHA. De nuevo, podíamos recordar las palabras de Dios a Job: espléndido ha sido tu pasado, pero mejores bendiciones son las que hará caer sobre ti en el futuro (Job 7, 8). La OCSHA en estos cincuenta años de existencia ha escrito memorables capítulos evangelizadores en América y en España. De estas Iglesias españolas salían los sacerdotes misioneros, pero de América llegaba, especialmente en momentos difíciles en que se cuestionaba la misma identidad sacerdotal, un aliento misionero que hacía mantener la esperanza.

Cartas de navegación para un tiempo nuevo

Comencemos por el futuro y pongamos sobre la mesa las cartas de navegación para nuevas singladuras. Esas cartas son los documentos emanados de las *Asambleas Generales del Episcopado Latino Americano* y de la *Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para América*. Como síntesis de todos ellos, y para el objeto que nos interesa, fijémonos en unos párrafos de la exhortación postsinodal *Ecclesia in America*:

“La Iglesia en América, llena de gozo por la fe recibida y dando gracias a Cristo por este inmenso don, ha celebrado hace poco el quinto centenario del comienzo de la predicación del Evangelio en sus tierras. Esta conmemoración ayudó a los católicos americanos a ser más conscientes del deseo de Cristo de encontrarse con los habitantes del llamado Nuevo Mundo para incorporarlos a su Iglesia y hacerse presente de este modo en la historia del Continente. La evangelización de América no es sólo un don del Señor, sino también fuente de nuevas responsabilidades” (EA 1).

“Como los pecados y las virtudes sociales no existen en abstracto, sino que son el resultado de actos personales, es necesario tener presente que América es hoy una realidad compleja, fruto de las tendencias y modos de proceder de los hombres y mujeres que lo habitan. En esta situación real y concreta es donde ellos han de encontrarse con Jesús” (EA 13)

“La singularidad y novedad de la situación en la que el mundo y la Iglesia se encuentran, a las puertas del Tercer milenio, y las exigencias que de ello se derivan, hacen que la misión evangelizadora requiera hoy un programa también nuevo que puede definirse en su conjunto como «nueva evangelización» (...) Al aceptar esta misión, todos deben recordar que el núcleo vital de la nueva evangelización ha de ser el anuncio claro e inequívoco de la persona de Jesucristo, es decir, el anuncio de su nombre, de su doctrina, de su vida, de sus promesas y del Reino que El nos ha conquistado a través de su misterio pascual” (EA 66).

Las responsabilidades con la evangelización de América no son algo que deba referirse aun tiempo pasado. Una situación nueva exigirá también nuevas iniciativas, nuevos compromisos, siempre con la inequívoca novedad de anunciar a Jesucristo.

Hacia el futuro

Hasta aquí el planteamiento de cara al futuro. Pero la OCSHA no puede olvidar su espléndida historia y, sobre todo, las motivaciones que impulsaron a tantos sacerdotes a emprender esta importante acción misionera de la Iglesia española. Mejores y más documentados expertos hablarán de la fundación y de la historia de la OCSHA. Por mi parte no quiero dejar de destacar la incuestionable responsabilidad histórica de nuestra Iglesia con las Iglesias de América y el sentido de corresponsabilidad y subsidiariedad a que nos obliga la propia vocación universal de la Iglesia a la que pertenecemos.

Los conceptos teológicos de misión y de comunión estuvieron siempre presentes en la fundación de la OCSHA, dentro de una vocación

que compaginaba el carácter diocesano de la vocación misionera del presbítero secular. El empuje misionero de los propios sacerdotes diocesanos, de los obispos, de la Conferencia Episcopal han hecho posibles unas páginas evangelizadoras ejemplares en las que no faltan auténticos testigos, verdaderos mártires.

Pero la OCSHA no solo evangelizaba en América, sino que era referente y apoyo para la animación misionera en nuestras diócesis y estimulan la conciencia de universalidad en el servicio a la Iglesia.

Como en cualquier realización en la que intervenimos los hombres, tampoco faltaron momentos de incertidumbre, de sufrimiento, de recelo, de cuestionamiento y poner bajo sospecha la necesidad y el futuro de la OCSHA.

Estimo que el futuro tendrá las mejores perspectivas apostólicas si sabemos ser fieles a la vocación primera, pero también si aceptamos la renovación permanente, no como operación de cambio, sino de actualización y sensibilidad para dar respuesta, siempre con el Evangelio, a lo que cada momento de la historia nos pide.

6. UN HORIZONTE UNIVERSAL

Sin pretender, en forma alguna, ofrecer un plan de acción pastoral, estimo que de las reflexiones que hemos hecho podemos sacar, más que conclusiones, unas líneas de pensamiento y de operatividad para nuestro trabajo de servicio misionero en el futuro.

La comunidad que esperamos

La vocación y el testimonio del misionero son expresiones de la vida de la misma comunidad cristiana. Mas, si el sacerdote diocesano misionero va a ser exponente y signo de la comunidad cristiana, ¿qué tipo de comunidad, de Iglesia particular o local necesitamos para que el evangelizador responda a las exigencias de una Iglesia sacramento salvador para los hombres, para todos los hombres de hoy?

Si, hasta ahora, hemos querido ver al sacerdote diocesano misionero desde la comunidad que envía o que recibe, quedaría incompleta esa figura que buscamos, sin hacer una reflexión inversa: ver la comunidad cristiana desde el sacerdote diocesano misionero. Porque como es evidente, existe una necesaria reciprocidad entre el evangelizador y comunidad. El grupo configura al hombre. La Iglesia-comunidad se proyecta en el misionero.

Vivimos en la Iglesia, en la sociedad, una preocupación renovadora. El mundo cambia, evoluciona, progresa, no se detiene. Un mundo continuamente nuevo y un hombre, también, nuevo. Un hombre que vive de otra manera, que piensa con otras categorías. Que quiere lo que ayer despreciaba. Que siente repugnancia ante las mismas cosas que hasta hace poco le entusiasmaban. Un hombre distinto en un mundo nuevo.

Se nos exige una renovación continua en la fe. Sobre todo en la forma de vivir esa fe, aceptando riesgos y compromisos, teniendo que tomar, con mucho coraje, decisiones importantes e inmediatas. Esperando contra toda esperanza y en una situación de cambio continuo dentro de un mundo complejo o inestable. El hombre ni quiere, ni tiene necesidad de ser llevado, conducido o, mucho menos, manipu-

lado pero acepta la ayuda que se lo presta para abrirse camino por sí mismo.

Uno de los pecados de la comunidad, en la configuración de sus misioneros, puede ser el inmovilismo: no secundar la acción del Espíritu que en los signos de los tiempos nos manifiesta su acción.

El misionero tiene que estar en una expectativa constante de apertura a la conversión, al acercamiento. Ahora bien, la conversión conlleva la transformación de la síntesis mental que uno tiene por otra nueva. Es como estructurar de nuevo la propia personalidad.

Una sociedad cambiante exige una personalidad nueva. Y aquí es donde vamos a encontrar uno de los problemas más agudos. Por una parte, la mayor exigencia de apertura y aceptación de un mundo que amanece distinto cada día y, por otra, la resistencia personal al cambio que con la edad, se hace más fuerte. El hombre, o la comunidad, siente el estímulo y el imperativo de la renovación, pero, también su resistencia personal a la conversión. En esta lucha, se buscará la “zona de nadie”, un lugar apacible en el que la conciencia permanezca tranquila sin disturbar su modo de vivir. Se inventarán falsas razones para autoengañarse, para no hacer esfuerzo alguno de renovación, para no adaptarse a situaciones nuevas ni para convertirse.

Cristo se hace presente en el mundo por medio de la Iglesia. Este pueblo nuevo de Dios que lleva a cabo una obra de mediación, de ayuda al hombre para que se encuentre con Dios. Una comunidad-Iglesia entusiasmada en el convencimiento de que en ella vive Cristo resucitado hará surgir vocaciones llenas de esperanza, con una misión más allá de lo estrictamente temporal, con entusiasmo para anunciar un reino y un mundo nuevos. Una comunidad-Iglesia que vive la fraternidad, sentirá el fuego comunicativo del amor que lleva a la solidaridad, a la caridad universal. Una comunidad-Iglesia consciente de estar en el mundo como levadura y fermento empujará, más allá de sus fronteras, a quienes crecieron en ella. Una comunidad-Iglesia comprometida en la edificación de un orden más justo querrá hacer conocer a todos la santa agresividad del Evangelio. Una comunidad-Iglesia fiel a su Señor crecerá en fidelidad a todos los hombres.

Una de las urgencias de la comunidad, desde el punto de vista misionero, es la de la información. La de conocer y reflexionar sobre el carácter evangelizador de la Iglesia, sobre la presencia del Evangelio

entre todos los pueblos del mundo. Habrá que superar, sin embargo, el pammisionologismo: todos somos misioneros, todos los países son tierra de misión, en todos los sitios hay necesidad de evangelio... Y se terminaron los misioneros, las misiones, la comunidad que envía, la urgencia de la evangelización.

Formas especiales y nuevas de cooperación misionera

“Se confirman la actualidad y la validez de las vocaciones especiales *ad vitam* en los Institutos misioneros. Pero también la forma especial de cooperación misionera entre las Iglesias, por la cual algunos sacerdotes diocesanos, llamados *fidei donum*, y algunos religiosos y religiosas, así como laicos, son enviados a una circunscripción misionera para colaborar en el apostolado, aún sólo temporalmente, es reconocida como válida y se estimula su progresivo desarrollo” (CM 16).

“Los sacerdotes “*fidei donum*” que ponen de manifiesto de modo singular la relación de comunión entre las Iglesias, serán elegidos entre los mejores, deben ser idóneos y han de estar debidamente preparados para el servicio peculiar que les espera. Además, a su retorno definitivo, se les acogerá e integrará adecuadamente en el presbiterio y en la pastoral diocesana. Su experiencia podrá ser valorizada para favorecer la formación misionera de la comunidad eclesial” (CM 17).

Una forma de cooperación es la de asumir, por parte de una diócesis, el cuidado misionero de una determinada región. Habrá que estar atentos, sin embargo, para no limitar el propio radio de acción a un solo objetivo e inhibirse de otras iniciativas generales de cooperación misionera.

La movilidad humana también facilita nuevas formas de cooperación misionera. El turismo de carácter internacional requiere en los cristianos un empeño de testimonio de fe y de caridad evangélica. Las visitas a los territorios de misión han de estar imbuidas de sentido evangélico y expresamente relacionadas con el mandato misionero.

La Comisión Episcopal de Misiones, en contacto con las OMP, debe sentir el deber de interesarse por los inmigrados, valorizando la colaboración de misioneros que han regresado de tales países, así como de personas pertenecientes a la misma nación de origen (CM 20).

Colaborar con las misiones no sólo dar, sino también saber recibir. Abrirse a la universalidad de la Iglesia, evitando cualquier forma de particularismo, exclusivismo o sentimiento de autosuficiencia.

Solidaridad misionera

Juan Pablo II ha considerado la creciente conciencia de solidaridad como un signo positivo del mundo contemporáneo. Hay que reconocer que la palabra solidaridad es empleada continuamente en los más variados y distintos discursos y desde conceptos e ideas dispares e incluso contrarios. Se utiliza como apoyo al desarrollo y como crítica al intervencionismo interesado, como ayuda y cooperación, como slogan de campañas de promoción del algún proyecto, como discurso político, como pacto bilateral, como protección y amparo al débil, como prestación de un voluntariado temporal...

La exhortación *Ecclesia in America* nos ofrece algunas orientaciones sobre la práctica de la solidaridad: encarnar en las iniciativas pastorales la solidaridad de la Iglesia universal; incluir la asistencia, promoción, liberación y aceptación fraterna; suscitar un sincero deseo de conversión que lleve a la reconciliación y a la comunión; opción de amar de manera preferencial a los pobres; que la acción pastoral sea cada vez más un camino para el encuentro con Cristo; testificar por su estilo de vida que sus prioridades, sus palabras y sus acciones, y ella misma está en comunión y solidaridad (EA 58).

“A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de *gratuidad total, perdón y reconciliación*. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuesto al sacri-

ficio, incluso extremo: dar la vida por los hermanos (cf. 1 Jn 3, 16)” (SRS 40).

CONCLUSIÓN

Desde los tiempos apostólicos, continúa sin interrupción la misión de la Iglesia, que también en el futuro seguirá siendo misionera. Con estas inequívocas palabras se confirma la estima y confianza total a cuantos se dedican generosamente a realizar la misión de la Iglesia con espíritu de fe, de generosidad y de sacrificio (CM 21).

Estas palabras de la instrucción *Cooperatio missionalis* pueden ser la mejor conclusión de esta ponencia: la Iglesia seguirá siendo misionera y el sacerdote diocesano vivirá en esa permanente tensión, llena de amor a Cristo, entre su vinculación a una Iglesia particular y una vocación misionera y universal.

